

cos funerales de Augusto, que al mismo tiempo eran los de la libertad romana, muerta para siempre, renegada por una raza envilecida: de la libertad que bajaba a la tumba con Augusto, como se sepulta un trofeo con el que le conquistó.

Augusto fué llevado hasta Bovillae, a doce millas de Roma, por los magistrados de los municipios que sucesivamente se atravesaban. La marcha fúnebre era de noche, a la luz de muchas antorchas; durante el día el cuerpo se depositaba en un edificio público o en un templo. Los caballeros fueron a encontrarle a Bovillae, y a su vez le llevaron en hombros hasta Roma, depositándolo en su casa del Palatino. Entretanto, los senadores fueron convocados y al sentarse entre ellos Tiberio, no encontró sino rostros marcados con el sello de una perpetua esclavitud. Tácito ha hecho una enérgica pintura de esta escena: era un lúgubre cuadro histórico, que exigiría del pintor un poder psicológico, igual al de un filósofo, porque era necesario que el rostro de esos medrosos aduladores manifestase el dolor de haber perdido a Augusto, no el de ver llegar a Tiberio; la alegría de saludar a un nuevo amo, no la de haber perdido al antiguo, y pintar a Tiberio, por su lado moderado, modesto, desinteresado, sumiso a las leyes y al bien público, pidiendo por toda prerrogativa poder tributar los últimos deberes a su padre adoptivo. Esa sesión del senado se ocupó únicamente con la lectura de las supremas voluntades de Augusto; y con el reglamento de sus funerales. Los honores excedieron, no sólo a lo que se pudiera suponer en un país pagano, sino a todo lo que el mismo Augusto pudo soñar, porque la política de Tiberio, era aumentar en provecho de su predecesor un prestigio que reflejase sobre el poder que heredaba, esto es, sobre él mismo.

Augusto era previsor y abarcaba un gran horizonte, hemos negado su moralidad y su grandeza de alma; pe-

ro nunca hemos puesto en duda ni su prudencia política, ni su deplorable habilidad. Augusto había previsto hasta lo que debía suceder el día siguiente de su muerte; desconfiando del pueblo, del senado y de sus sucesores dejó arreglado todo lo que debía preceder, acompañar y seguir a sus funerales. Tiberio presentó al senado cinco rollos ("volumina") que contenían las precauciones de Augusto, y no os admiréis de que este hombre tan hábil en componer su vida, hubiera cuidado en componer su muerte.

Uno de los escritos contenía la enumeración de las armas y riquezas del imperio; otro, consejos para sus sucesores; el tercero el programa de sus funerales (estos tres documentos se han perdido); el cuarto, su testamento privado, cuyo tenor conocemos, y el quinto, su testamento político, o para hablar con exactitud, el resumen de su vida ("Res gestae.")

Dejaba cerca de veintinueve millones de nuestra moneda; (1) poca cosa cuando se ha sido dueño del mundo; añadía Augusto, haber recibido más de ochocientos millones legados por diversos ciudadanos, en los "veinte últimos" años de su reinado. ¿Cómo obtuvo tan innumerables herencias, por qué medios y ejercitando qué temores? lo sabremos respecto de los emperadores que sucedieron a Augusto; en cuanto a éste, lo ignoramos. Puede dudarse del origen atribuído por Augusto, a esta inmensa suma, pero no de la cifra misma, que excediera a muchos billones, teniendo en cuenta el valor comparativo del numerario.

"Este dinero, dice Augusto, lo he empleado en bien del Estado". En su testamento político sabremos lo que por tal entendía. Dejaba dos tercios de su fortuna a Tiberio, y un tercio a Livia, legaba ocho millones al pueblo romano, ordenaba además que se diesen dos

(1) Aproximadamente, 5.700,000 pesos.



cientos francos a cada uno de sus guardias, por cabeza a los soldados de la guarnición de Roma, y sesenta a cada legionario, en toda la extensión del imperio, siendo de advertir que estas sumas estaban dispuestas en el tesoro para su distribución.

En cuanto a lo que se llama testamento político de Augusto, y cuyo verdadero título es, "Res gestae divi Augusto," se habría perdido sin una circunstancia, que hizo se le encontrase en Asia. Ese resumen debió ser grabado sobre dos planchas de bronce, colocadas a derecha e izquierda del vestíbulo del mausoleo. Las planchas desaparecieron, y probablemente fueron fundidas.

Pero hacía muchos siglos que a consecuencia de una invasión, se habían establecido en Ancyra, capital de la Galacia (Asia menor) algunas tribus galas. Sus jefes, que se llamaban en la época de que nos ocupamos Pylaemenés, Albiorix hijo de Ateporix, y Amyntas, hijo de Gaesetodastes, profesaban un afecto particular a Augusto y ya fuera que desearan obtener algunos favores, o que el antiguo carácter galo tuviera un defecto, que ha desaparecido de entre sus descendientes del suelo francés, el de ser cortesanos y dados al servilismo, esos galos, repetimos, viviendo aun Augusto, le levantaron un templo de mármol que aun existe, y otra vez hemos descrito, y muerto Augusto, se dirigieron a Tiberio solicitando una copia de la "historia de su antecesor," que él mismo escribió con su mano, para hacerla grabar sobre los muros de su templo. lo que les fué concedido y se ejecutó. Por esto, el "resumen de la vida de Augusto," se conservó en griego y en latín, y fué dado a conocer de una manera imperfecta por varios viajeros, y recientemente en toda su extensión, por un Ministro de la escuela francesa de Atenas, Mr. Perrot, que hizo demoler y después reconstruir, los estribos que los turcos habían colocado junto a las paredes del tem-

plo y que ocultaban la inscripción que cuidó de copiar con toda exactitud.

Como de ese memorable documento nos hemos ocupado otra vez con extensión, hablaremos ahora de él con brevedad. Recordaréis, señores, que os dije, que estaba admirablemente escrito. Augusto amaba la literatura, era un buen escritor. Cuando refería grandes cosas, o hablaba a la faz del género humano, lo hacía con un sentimiento de elevación material, que daba al estilo el mismo carácter. Ese escrito es un modelo, ya como latinidad, ya como buen lenguaje, las expresiones son sobrias, de una concisión enérgica, se dicen grandes cosas en pocas palabras; pero de uno al otro extremo, sólo una persona aparece, domina y existe; el YO.

Cuidó Augusto de referir su reinado, desde las guerras civiles hasta su muerte; porque ese escrito lo redactó al concluir el septuagésimo sexto año de su edad. Desconfiando de los que lo rodeaban, tomó sus precauciones para la historia, y pretendió imponer a la misma posteridad el juicio que acerca de su persona debía pronunciar.

Durante su reinado, sólo "él" combatió, venció y triunfó: "él," quien estuvo sobre todas las fronteras, quien alcanzó todas las victorias: "él" quien abrió todos los caminos y construyó todos los monumentos de utilidad pública: "él" quien obtuvo y ejerció todas las magistraturas. En una palabra, su relato es el más monstruoso ejemplo de egoísmo que conozco, la infatuación más deslumbradora de su personalidad. Para él no hubo contemporáneos, auxiliares, servidores, amigos ni parientes. Agripa que fué el grande hombre del imperio y quien formó a Augusto, no se menciona ni para fijar la fecha de un censo: Mecenas, Statlio Taurus, y Balbo, fueron suprimidos, los generales y magistrados quedaron como sombras borradas, y los consu-



les no se mencionan sino para marcar los años, según el sujeto y el verbo, el único personaje que desempeñó un papel y apareció sobre la escena. Preciso es remontarse a las inscripciones grabadas por los faraones de Egipto o por los potentados de la alta Asia, que conducían a los hombres a latigazos, para encontrar una insolencia más radiosa, agravándose el fausto oriental por la inflexible posición de la lengua latina, que es de acero. Lo interesante sobre todo, son las cifras de los gastos hechos por el Emperador, pues contienen la explicación de los ochocientos millones que menciona su testamento privado. Augusto comienza por una complacencia que revela el secreto de su dominación; las fiestas, juegos y espectáculos que dió al pueblo romano. Refiere que hizo combatir a ocho mil gladiadores, que dió veintiún representaciones en el anfiteatro y veintiséis cacerías: que hizo matar tres mil quinientas fieras en el circo, y en una palabra, sólo exceden sus relatos a los del rey Sargon o de Nabucodonosor. Distribuyó seiscientos millones al pueblo y a los veteranos, y da el número de los que recibieron sus prodigiosas liberalidades: "las distribuciones de trigo y de dinero, jamás dejaron de darse, dice, a menos de doscientos cincuenta mil plebeyos, y algunas veces a trescientos veinte mil." Cada veterano, en las colonias recibía gratificaciones del mismo género. "He conducido a las colonias, continúa, o enviado a los municipios, más de trescientos mil veteranos: a todos les he dado tierras compradas por mí mismo, o dinero para que las adquirieran." Y más lejos: "He pagado por las colonias de mis veteranos, seiscientos millones de sextercios."

Ya os he referido qué edificios se habían concluído en esa época; os he nombrado a los que los levantaron. con qué recursos y a quiénes estaban dedicados; sin embargo, Augusto se atribuye todo el honor, contando con

suprimir la historia o con ser el único que figure en ella. De la misma manera que para él no hubo Generales, ni administradores, ni amigos, quiere aparecer como un coloso en medio de un desierto, borrando todo su siglo con su gigantesca sombra.

Esto es un raro esfuerzo de su orgullo, pero en el fondo es una singular niñería. En ese resumen tan soberbio y tan injusto para sus contemporáneos que lo ayudaron, al fin, revela impensadamente la debilidad del autor, y el coloso descubre que tiene pies de barro. Tanto hinchamiento va a parar en una moderación hipócrita y en una humildad fingida que dan a conocer desde luego al discípulo de Livia. Escuchad al actor consumado: "Dueño y señor de la República, por haber extinguido las guerras civiles, la he puesto en las manos del senado y del pueblo romano. Por tal beneficio un senado consulto me confirió el título de "Augusto", mi frente fué adornada con laureles y coronas cívicas y una inscripción sobre un escudo de oro ha atestiguado mi valor, mi clemencia, mi sabiduría y mi piedad. Desde entonces he sido superior a todos en el rango, "sin tener por eso mayor poder que mis colegas, ocupados en diferentes ramos."

La caída es brusca, porque se pasa de la arrogancia sonora de un potentado asiático que ignora si aún existen hombres inferiores a él, a una modestia que rivaliza con las virtudes de los futuros cristianos. Tantas precauciones preparan mal a tanta impostura, si no se comprendiera que esa falsa grandeza era una máscara, como lo era también tan falsa bajeza.

Después de la era cristiana, tres representantes del poder absoluto han llamado la atención del mundo, y los tres nos han legado pensamientos supremos que pueden llamarse "testamentos políticos:" esos tres representantes son Augusto, Napoleón I y Luis XIV.

Comparad, señores, a la insolencia inalterable de un



hipócrita sin escrúpulos, las agitaciones de espíritu y el drama moral del prisionero de Santa Elena. Se confiesa, se interroga, se acusa, se justifica y recuerda sin cesar los actos de su pasado y los problemas de su porvenir. Se coloca frente a frente de sus faltas, las discute, se inquieta por los destinos del pueblo que arrastró a su ruina, y siente quizá la necesidad de engañar a los otros para engañarse a sí mismo. Esa tortura voluntaria o forzosa que está consignada en el "Memorial de Santa Elena," aumenta la grandeza del héroe caído, y hace comprender mejor cuán locas son las naciones al entregarse a tan terribles soñadores.

Luis XIV que arruinó a la Francia por su lujo y atrajo sobre nuestros invadidos campos muy justas represalias, antes de morir, vuelve en sí mismo, hace llamar al delfín y le dirige estas palabras: "Hijo mío, mucho he amado la guerra, no me imites en esto, ni en mis grandes despilfarros. Toma consejo en todo;" alivia a nuestros pueblos lo más pronto que puedas, y realiza lo que he tenido la desgracia de no poder hacer yo mismo."

Cuando un soberano, animado por tantos años de dicha y de prosperidad e infalible por derecho divino, se acusa con tal simplicidad ante un niño, ese día, señores, es más grande que en los prósperos días de su reinado. Sus consejos merecían grabarse con letras de oro en la cabecera del lecho del delfín, y lo fueron, como deberían de estar en la cabecera de todo príncipe que no quiere olvidar sus deberes, ni la debilidad humana, ni el secreto de la verdadera grandeza de alma que consiste en desconfiar de sí mismo.

El reinado de Augusto, tratado por él, es precioso para los historiadores y para los amantes de la bella latinidad; pero no ilusionará ni a los que saben ni a los que juzgan: causará cierto placer literario y al mismo tiempo una indignación profunda, porque se combinaron el

talento y la impostura en ese trabajo, para engañar hasta las generaciones más remotas.

Concluida la lectura de estos actos, el cortejo comenzó a desfilar. Habíase dejado el cuerpo expuesto durante siete días en el vestíbulo de la casa palatina: ahí se había levantado un magnífico lecho, pero no era el emperador el que se veía tendido sobre él, sino su imagen en cera, admirablemente ejecutada, y el cadáver que ya había entrado en verdadera descomposición estaba en una especie de cajón colocado en el espesor del lecho, o más bien, en una triple caja cuidadosamente sellada y oculta por las colgaduras.

Partió el cortejo y se detuvo en el "Forum" para escuchar la oración fúnebre que pronunció Tiberio. Dion Cassio pretendió transcribirla; pero nadie ha creído que es la verdadera. Porque el discurso de Dion es el de un pedagogo y se reconoce en él perfectamente su estilo, y el discurso de Tiberio se ha perdido. Continuó por la vía Flaminia ("vía recta") que es el Corso actual: por todas partes había una abundancia de soldados inusitada en la ciudad de Roma, todos se admiraban. Tiberio lo comprendió y dijo: "Temía que el pueblo romano en su amor por Augusto quisiese hacer con él lo que había hecho con César, quemar su cuerpo en el "Forum." Pero la verdad era que Tiberio tenía miedo; Roma era un motivo de temor que no desapareció para él jamás, y en consecuencia había tomado sus precauciones. Llegó por fin cerca del Mausoleo, es decir, al Corso moderno, a la altura de la "via dei Pontifici" más allá de la iglesia de San Carlos: ahí desde mucho antes había hecho preparar Augusto un terraplén rodeado de una balaustrada a la extremidad del Campo de Marte; este era el lugar donde se levantaban las hogueras sobre las que se quemaban los cuerpos de la familia imperial que en seguida iban a ocupar su lugar en el Mausoleo, cerca al Tiber.



En ese mismo lugar se levantó una hoguera gigantesca parecida sólo a las célebres de la Alta Asia, de que tanto se ha hablado: a la hoguera de Hephestion, por ejemplo. Los constructores habían artísticamente dispuesto los montones de leña, de manera que formasen pisos, claros, arcos y perspectivas arquitectónicas. El conjunto estaba cubierto por magníficas colgaduras y se veían diseminadas estatuas doradas, pinturas decorativas, cuadros y materias preciosas; en una palabra, ese catafalco destinado a ser devorado por las llamas, era de una prodigiosa riqueza.

Se elevó el lecho fúnebre hasta el segundo piso; allí se colocaron los senadores que habían querido llevarlo sobre sus débiles espaldas para no ceder en nada a los magistrados de las provincias y a los caballeros que habían ido a buscarle hasta Bovillae. Cuarenta centuriones se acercaron y dieron fuego al catafalco: luego que subieron las llamas se hizo jugar algún ingenioso mecanismo y se devolvió la libertad a una águila oculta de antes en la parte superior de la hoguera. El pueblo vió lanzarse el águila al cielo, y se le certificó que era el alma del emperador, arrebatada así al Olimpo, del mismo modo que en otro tiempo había llevado Júpiter al bello Ganimedes.

Esta fué la señal del apoteosis, y desde luego se decretaron los honores divinos; se erigió en Roma un templo en honor de Augusto, y fué votado en todas partes del imperio; se fundó un colegio de sacerdotes, y Livia fué la gran sacerdotisa del nuevo dios; en una palabra, púse en juego toda la vergonzosa idolatría de que eran capaces en aquellos tiempos. Se buscó y encontró un senador que había ejercido la pretura, esto es, la segunda dignidad del Estado, que afirmase por los juramentos más terribles que había visto distintamente a Augusto subir al cielo. Ignoro si ese juramento le costó mucho, pero sí es cierto que a Livia importó dos

cientos cincuenta mil francos, que se entregaron de contado a ese miserable visionario vendido, cuyo nombre se debe retener en la memoria; se llamaba Numerio Atico.

Durante cinco días, Livia acompañada de los principales caballeros romanos, permaneció descalza, con una simple túnica y suelto el cinturón, esperando que las cenizas se hubieran enfriado, retirando en seguida los restos de Augusto, que se llevaron al mausoleo que él mismo había hecho construir, porque era un espíritu previsor, que sabía muy bien que para fundar el poder, era necesario impresionar la imaginación de las masas por las apariencias; y a ejemplo de los Reyes de Egipto, que levantaron las pirámides, de los soberanos del Asia y de los sátrapas del Asia menor, construyó un inmenso monumento, superior en altura a todos los de Roma, con diámetro de doscientos pies, y que tomó el nombre de mausoleo, porque el tipo de los edificios de este género, era la tumba de Mausolo, una de las siete maravillas del mundo.

Hemos descrito la tumba de Augusto, sus dos obeliscos, sus tres pisos, los árboles siempre verdes, que se habían plantado sobre su cúspide, sus mármoles, sus estatuas, su magnificencia, y los catorce lechos sepulcrales, en donde el mismo Augusto había colocado a las personas que le eran más queridas; pero lo que es preciso repetir, porque la lección será siempre provechosa, fué la suerte que corrió tan soberbio edificio, destinado a causar la admiración de las edades futuras, recordándoles la grandeza material de un solo hombre. Destruído en parte, mutilado, perdido entre las construcciones modernas que se han levantado a su lado, se oculta a las miradas de los viajeros y apenas se le distingue con trabajo entrando al palacio Corea, o desde algunos lugares de la vía "del Pontifici." Hay turistas que conociendo bien a Roma, confiesan no haber



visto el mausoleo de Augusto, y vosotros habéis hecho conmigo la autopsia de esos colosales restos: os he conducido a las caballerizas que en ellos han fabricado los romanos modernos, a los lugares que allí mismo se han proporcionado los fabricantes de chorizos y de queso, a los pozos perforados por los señores de la Edad Media, que ahí mismo se preparaban a sostener un sitio, y al circo, en fin, que se ha establecido en su parte superior, sobre la bóveda cuarteada y donde cada estfo los volatines y los cómicos de la legua lucen sus habilidades durante el día; y no os he ocultado que allí se representan farsas "(tutta da ridere)" traducidas del repertorio del teatro del Palais Royal, y que los aplausos se confunden con las risotadas, a razón de ocho "ba yocos" por cabeza, hasta la puesta del sol.

¡En verdad que el destino tiene cambios singulares y vengadoras ironías! Lo más sagrado para los romanos era su última morada, el monumento que encerraba las cenizas de su familia, y como por una tradición de respeto, lo que sobrevive hoy en los campos de Roma, lo que le llena de innumerables visitas son las tumbas. La de Bíbulo está en su lugar, la de los Escipiones es el honor del Vaticano, la del Cecilia Metella es un admirable punto de vista, la de los Nasones es preferida de los pintores, y todos hemos ido en peregrinación piadosamente emocionados sobre esa larga vía Apia, en la que se encuentran a uno y otro lado tumbas, la mayor parte obscuras, y esto, porque las ruinas tienen siempre algún prestigio, el pasado alguna elocuencia, la muerte alguna gravedad. Pues bien, la más grande tumba de Roma, la más espléndida, la que debía dominar la ciudad entera, como el emperador dominaba todo por su personalidad, ¿en qué se ha convertido? en una cosa sin nombre, oculta, olvidada, abandonada, en vilecida por usos e industrias groseras, profanada. sobre todo, por las risotadas del populacho, que repercu-

ten en los cuartos fúnebres, convertidos hoy en caballerizas o en celdillas.

¡Ay, señores! ¿recordáis las últimas palabras que pronunció Augusto al expirar? Se dirigió a sus amigos, y les dijo: "¿He desempeñado bien mi papel en la comedia de la vida?" "Sí," respondieron ellos, porque los amigos de un Emperador siempre responden "sí".— "Entonces, como los espectadores en el teatro, aplaudid." La providencia se apoderó de esta palabra; la transformó en acción sangrienta que dura todavía, que se renueva todos los días, y que a la vez nos permite decir: "Debes estar contenta, alma del divino Augusto, cuando te ciernas con el águila de tu apoteosis, sobre el Tiber y el campo de Marte. La comedia continúa, nada háy más alegre que tu fastuoso mausoleo, los romanos siempre ríen en él, y pisotean sin pensar lo las cenizas que allí depositaste, sus aplausos suben diariamente hasta tu olimpo, y no hay más diferencia, que no los prodigan a tí ni a tu memoria, sino actores de baja esfera y condición. Si se abrieran las entrañas de ese monumento desconocido, se encontrarían todavía buenos congariarios reunidos por los fabricantes de chorizos, y casi dignos de los que distribuías a la multitud hambrienta: te burlaste de todo lo que hay sagrado en la tierra y el emblema de tu dinastía sin mañana, este monumento que debía oprimir con su gran peso el suelo romano, no subsiste sino para ser objeto de desprecio. ¡Justo castigo!"

Pero lo hemos dicho, señores, en el gran atentado contra la libertad y contra la patria, no hubo sólo un culpable: Augusto tuvo por cómplice al pueblo romano y esa complicidad se renovó espontáneamente a los pies de otro nuevo amo; y de la misma manera que hemos estudiado los monumentos del reinado de Augusto, estudiaremos los de Tiberio y Calígula: buscaremos



a través del arte y del genio de una sociedad, en las manifestaciones que se llaman arquitectura, pintura, grabado en piedra, medallas e inscripciones, primero la historia del arte, después el carácter de los personajes que en él han ejercido una influencia directa y encontraremos a nuestro pesar el mismo brillo de las observaciones, el castigo del pueblo romano.

Ese castigo va a revestirse en dos formas, o más bien, va a aparecer en los dos legados que Augusto hizo a los romanos, consistentes en una persona y una cosa, esto es, un sucesor y una institución. El primero es Tiberio, a quien conocía y despreciaba, y al que sin duda escogió para hacer resaltar su propio reinado por un odioso contraste, obligando a los romanos a que le llorasen, a quien escogió sobre todo, porque Tiberio tenía el secreto de su política, porque era discípulo también de Livia, y porque nadie sabía como él, asentadas las premisas por su predecesor, deducir las más rigurosas consecuencias.

La institución fué el imperio, es decir, la omnipotencia de un solo hombre, sin apelación, sin contradicción, sin otra regla que la satisfacción de todos sus caprichos, de todos sus apetitos, de todas sus locuras, con detrimento de toda la humanidad. El pueblo romano supo lo que le costó haber abandonado sus derechos y haber rehusado recuperarlos cuando la fortuna se les ofreció de nuevo. Reconocerá, aunque tarde, que si el poder absoluto parece algunas veces una necesidad, es siempre un mal y no debe jamás establecerse como un principio. Cuando Tiberio rehusaba el imperio y se arrojaban a sus plantas los senadores para obligarlo a que lo aceptase, dejó escapar una frase de doble sentido que para nosotros debe ser un purísimo rayo de luz: "No sabéis qué monstruoso es el imperio,

"*quanta bellua esset imperium.*" (1) Sí, era un monstruo, y ese monstruo después de haber devorado las instituciones en tiempo de Augusto, iba a hacer otro tanto con los ciudadanos, bajo Tiberio, bajo Calígula, bajo Nerón y debía concluir por "devorarse a sí" mismo.

---

(1) "*Adhortantes amicos increpans ut ignaros quanta bellua esset imperium.*"

(Suetonio, Vida de Tiberio, XXIV.)